

entretanto, y sólo después de prolongadas vacilaciones viene el triunfo.

Comencé este libro hallándome junto al lago de Ginebra; lo proseguí en París antes de tornar á Inglaterra. La asociación entre el escritor y sus creaciones es en mí fortísima. En mi imaginación he estado viendo los peldaños de la escalera de mi pequeño *guardia marina*: podría jurar que he contado los bancos de la iglesia donde contrajo matrimonio Florencia; conozco las camas de los muchachos que estudiaban en casa del profesor doctor Blinder. Lo único que no acierto á imaginar, sino confusamente, es la posibilidad de que el capitán Cuttle se separase por sí mismo de *mistress Mac-Stinger*, huyendo á través de las montañas de Suiza... Mientras pensaba en la desventura de aquellos que se hallaban á merced de las olas, vagaba mi recuerdo por las frías calles de París en aquella noche de invierno. Y mi corazón estremeci6se de dolor la noche que escribí el capítulo en el cual mi amiguito y yo nos separamos.

# DOMBEY É HIJO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"  
DOMBEY É HIJO 1925 MONTERREY, MEXICO

Dombey estaba sentado en un sillón, cerca de las cortinas de la cama y en un rincón oscuro del cuarto. Su hijo, bien abrigado, puesto en una canastilla, se hallaba encima de un canapé, frente á la chimenea encendida y muy cerca de ella, como si su constitución fuera la de un delicado pastel y en primer término importara que tomase color, mientras estaba tierno.

Dombey tenía cosa de cuarenta y ocho años. Su hijo cosa de cuarenta y ocho minutos. Dombey era algo calvo, algo carirrojizo, y aunque á primera vista parecía bastante bien plantado, se advertía que era pomposo y rígido. Su hijo estaba enteramente calvo, enteramente rojo y, por supuesto, se le veía delicado y fino, un poco arrugadillo y con manchas. En la frente de Dombey, el Tiempo y su hermano el Cuidado, habían dejado algunas huellas, leñadores insensibles que al pasar por la selva humana señalan el árbol para su corta en el buen tiempo. En el rostro del hijo cruzaban y se entrecruzaban pequeñísimos surcos, como si el falaz tiempo se complaciera en

igualar con el plano de su guadaña la misma superficie que habría de socavar más tarde.

Regocijábase Dombey por tan fausto y esperado acontecimiento. Entretenía sus manos con la aparatosa cadena de oro, cruzada en su chaleco, bajo el entreabierto frac azul cuyos fosforescentes botones enviaban sus rayos á distancia. Su hijo, con sus manecillas cerradas, apretando los puños, parecía aferrarse á una existencia, para él tan inesperada.

— Por fin volverá á ser la casa, no solamente de nombre sino de hecho, de Dombey é hijo — exclamó m<sup>is</sup>ter Dombey dirigiendo la palabra á su señora. — ¡ Dombey é hijo !

Estas palabras produjeron en él mismo tal efecto que (no sin vacilación, ciertamente, por falta de costumbre) buscó alguna frase grata para mistress Dombey : y así añadió, « Mistress Dombey... querida mía... »

Un lánguido sonrojo coloreó las mejillas de la señora, que levantó los ojos hacia su marido.

— Le bautizaremos con el nombre de Pablo, por supuesto; — dijo m<sup>is</sup>ter Dombey.

La señora repitió pausadamente « por supuesto » ó pareció que lo repetía sin mover apenas los labios y volvió á entornar suavemente los ojos.

— Es el nombre de su padre, m<sup>is</sup>tres Dombey, y de su abuelo. Bien quisiera yo que su abuelo viviese en este día. — Y otra vez repitió. — Dombey é hijo; — exactamente con la entonación anteriormente empleada.

Estas tres palabras daban entera idea de la vida de m<sup>is</sup>ter Dombey. La tierra estaba hecha para que Dombey é hijo comerciara en ella : el sol y la luna no tenían más objeto que dar luz á esta casa. Los

ríos y los mares existían para que los surcaran las naves de esta casa ; para ella prometía el arco iris un buen tiempo ; los vientos no soplaban sino á favor ó contra sus empresas ; estrellas y planetas describían en el cielo sus órbitas para conservar, sin alteración alguna, el sistema cuyo centro era ella. Las abreviaciones comunes tomaban á sus ojos una referencia nada más : la suya : A. D. no quería significar *Anno Domini*, sino sencillamente *Anno Dombey é hijo*.

En su carrera de la vida, á la muerte, había recorrido, como antes recorrió su padre el espacio de *Hijo á Dombey* y desde hacía unos veinte años era el único representante de esta razón social. De estos veinte años, diez llevaba de casado con una mujer que había llegado á ser su esposa, pero no á darle su corazón : la felicidad de esta mujer según él susurraba pertenecía al pasado y así consolaba su quebrantado espíritu con la tranquilidad y el sosiego presentes. No llegaban á m<sup>is</sup>ter Dombey estas murmuraciones, ni aunque hubieran llegado habría hecho gran caso de ellas. Dombey é hijo habían trabajado alguna vez en pieles, pero jamás en corazones : esta fantasía era buena para muchachos y muchachas, para colegios y libretes. Además, m<sup>is</sup>ter Dombey hubiera tenido este razonamiento : una alianza matrimonial conmigo obliga por sí misma ; por su misma naturaleza tiene que estimarse como honorable y grata por cualquiera mujer de sentido común. La esperanza de dar á luz un nuevo socio de esta casa no puede menos de suscitar ambiciones gloriosas en el corazón de una mujer, aun la menos vehemente. Mistress Dombey está perfectamente informada de este nuestro contrato matrimonial : ha llegado á ser una parte inte-

grante de una opulenta situación, esto sin contar con la perpetuación de la razón social en la familia : no podía ignorar, seguramente, estas ventajas. Más tarde ha podido darse prácticamente cuenta de su posición en sociedad : ha estado siempre á la cabecera de mi mesa, ha disfrutado de todos los honores de esta casa, de una manera esmeradísima y correcta : Mistress Domhey tiene que haber sido feliz : no puede ser de otra manera.

Á lo sumo podía hacerse una rebaja. Sí : lo consentía. Podía hacerse una, ciertamente, de primera importancia : habíanse casado hacia diez años y hasta este momento, solamente hasta este momento en que mister Dombey, sentado en su sillón sacudía su gran cadena de oro, no habían tenido sucesión.

Ó por mejor decir, la habían tenido, pero no valía la pena de mencionarla. Habían tenido una niña que ahora contaba cerca de seis años, niña que acababa de entrar en el cuarto, sin que nadie la viese, y que desde un rincón estaba contemplando la cara de su madre. Pero, ¡qué valía una hija para Dombey é hijo! En lo concerniente al punto capital, al nombre y dignidad de la casa, una niña era equivalente á una moneda de baja ley, sin curso; una criatura advendiza, y nada más.

Sin embargo, la copa de la satisfacción rebosaba tanto en la mano de mister Dombey que éste se dignó rociar con unas cuantas gotas la polvorienta senda de la vida, seguida por su hija.

Así le dijo : — Florencia, puedes acercarte si quieres, á ver á tu lindo hermanito. Pero no le toques.

La niña dirigió una mirada penetrante al frac azul á la rígida corbata blanca que juntamente con un

par de crujientes botas y un sonoro tic-tac del reloj de bolsillo componían su idea de padre; pero inmediatamente volvió la vista hacia su madre, y ni se movió ni dijo una palabra.

Un momento después abrió los ojos la señora y vió á su hija : la niña corrió á ella y empinándose para alcanzar mejor á darle besos, se abrazó á su madre con expresión desesperada, muy extraña para tan pocos años.

— ¡Válgame Dios! — dijo mister Dombey levantándose lentamente. — Estoy seguro de que esta agitación es imprudente. Tal vez será lo más acertado suplicar al doctor Peps que vuelva á subir. Bajo á decirselo. — No creo necesario encarecer á usted — añadió deteniéndose ante el canapé, junto á la chimenea — el particular cuidado que debe tener usted con este joven caballero Mis..... »

— Blockitt, señor; — completó la enfermera sonriente, no por hacer alarde del nombre sino por informar á mister Dombey.

— Con este joven caballero, mistress Blockitt.

— No, señor, de ningún modo. Me acuerdo bien de que cuando la señorita Florencia nació....

— Sí, sí; — dijo mister Dombey, inclinándose á contemplar el niño en la cuna y no sin fruncir al mismo tiempo el ceño : — está muy bien : entonces se trataba de la señorita Florencia, pero hoy la cuestión es muy otra : se trata de este joven caballero, llamado á muy altos destinos. Á muy altos destinos, ¡amiguito! — Y apostrofando de esta manera al niño, cogió una de sus manitas y la besó. Y luego, como si esta acción hubiese envuelto algo de atentatorio á su dignidad, con cierta turbación salió del gabinete.

El doctor Parker Peps, uno de los médicos de

cámara del Real Palacio, era hombre de una reputación inmensa, sobre todo, en lo concerniente á su concurso facultativo en el aumento de las familias aristocráticas. Estaba en el salón, paseándose á grandes pasos, las manos á la espalda, acompañado de la admiración del médico ordinario de la familia, quien se había pasado seis semanas anunciando á todos sus enfermos, conocidos y amigos aquel instante memorable de una consulta médica con tan ilustre compañero.

— Y bien, señor Dombey, — dijo el doctor Peps con llena y sonora voz, aunque algo velada por el deseo de no hacer mucho ruido; — con la visita de usted ¿ se ha reanimado su respetable señora?

— Animándose, al menos — insinuó el médico de la familia, haciendo al mismo tiempo una reverencia al doctor Peps, como diciéndole — perdone usted que me haya permitido hablar, pero no deja de tener su valor esta observación mía.

La pregunta desconcertó bastante á mister Dombey: no había pensado en ello, poco le había importado la paciente: de modo que no supo qué contestar. Para salir de la dificultad de manera satisfactoria se apresuró á rogar al doctor que subiera al cuarto de la enferma.

— Perfectamente. No debemos ocultar á usted, señor Dombey, — añadió el doctor Parker Peps, — que el estado actual de su Excelencia la Duquesa — dispense usted, confundo los nombres, quiero decir, el estado de su amable señora, presenta cierto grado de decaimiento y en general una carencia de elasticidad que preferiríamos no... que no...

— Que no existiera; — interrumpió el médico de la familia, con otra inclinación de cabeza.

— Eso es; que no existiera; — continuó el doctor Parker Peps. — Parece como si el sistema nervioso de Lady (1) Cankaby — perdone usted, quiero decir, de mistress Dombey; la verdad es que confundo los nombres propios y los títulos...

— De tal manera son numerosos — murmuró el médico de la familia. — Bien puede vacilarse, cuando tantos nombres se conocen. La clientela del doctor Parker Peps es todo el West-End (2).

— Muchas gracias; — prosiguió el doctor. — Eso es. Digo que á mi entender y como acabo de exponer, sin duda, el sistema nervioso de la paciente ha sufrido un choque y sería necesario un fuerte, un poderoso...

— Un vigoroso — interrumpió el médico de la familia.

— Eso es: un vigoroso esfuerzo. Mister Pilkins, aquí presente, cuya condición de médico de la familia, y nadie más autorizado para este cargo...

— ¡Oh! — exclamó el aludido, — me abrumba el elogio de quien tantos méritos tiene.

— Es usted muy amable; — repuso el doctor Parker Peps. — Mister Pilkins, cuya condición de médico de la familia le lleva á conocer, mejor que nadie, la constitución de la paciente en estado normal (conocimiento de la mayor importancia en estas

(1) Lady está empleado aquí como título de nobleza. Propiamente es título privado de las viudas de *knights* (caballeros, hidalgos), y de las hijas de *earls* (condes), aunque en la conversación algo ceremoniosa se suele decir Lady frecuentemente, por señora.

(2) El *West-End*, Extremo Oeste, es el barrio, por tradición, más aristocrático de Londres: el barrio donde se halla el Palacio Real y donde están las más antiguas casas solariegas de la nobleza inglesa. (N. del T.)

ocasiones), opina, conmigo, que la naturaleza demanda, necesariamente, en estas circunstancias, un vigoroso esfuerzo; y que si nuestra interesante amiga la condesa de Dombey — ¡mil perdones! — *místress* Dombey, no tuviera...

— ... energía — interpuso el médico de la familia.

— ... para hacer un esfuerzo considerable — prosiguió el doctor Parker Peps; — surgiría una crisis que ambos deploraríamos sinceramente.

Dicho esto, ambos facultativos permanecieron un momento en silencio, mirando al suelo. Y luego, á una muda señal del doctor Peps, uno y otro se pusieron en marcha hacia el piso superior; el médico de la familia abrió la puerta dejando paso á su eminente colega, y entrando él después con toda cortesía.

Afirmar que *mister* Dombey no se sentía afectado, hasta donde le era posible, en estas circunstancias, sería excesivo. Ciertamente no era hombre capaz de estremecerse ni sobresaltarse fácilmente; pero en verdad sentía íntimamente que si su mujer llegaba á enfermar y decaer, si perecía, habría de serle muy penoso, como le sería el verse privado de un importante objeto doméstico, como si se le descabalara la vajilla ó le ocurriera alguna otra desgracia semejante. Pero todo esto no era más que un sentimiento sosegado, con plena posesión de sí mismo, mercantil y correctamente razonado.

Sus meditaciones sobre este asunto fueron interrumpidas muy pronto, primero por el ruido de pasos y rozar de faldas en la escalera, y luego por la rápida entrada en la habitación de una señora, ya de alguna edad, pero con aire y maneras de joven, particularmente ajustada de talle, la cual, corriendo hacia Dombey con expresión de cariño en rostro y adema-

nes, le abrazó exclamando con voz sincera y aparentemente emocionada:

— ¡Mi querido Pablo! ¡Este sí que es un Dombey!

— ¡Bien, bien! — le replicó su hermano — porque *mister* Dombey era su hermano. — Creo que tiene, efectivamente, el aire de familia. Pero no te agites de esta manera, Luisa.

— Es verdad; — dijo Luisa sentándose y sacando un pañuelo, — parezco una loca; pero éste sí que es un perfecto Dombey; ¡no he visto nada igual en mi vida!

— ¿Cómo encuentras á Fanny? preguntó Dombey á su hermana después de una ligera pausa. — ¿Cómo está Fanny?

— Mi querido Pablo — repuso Luisa, — no es nada; créeme, no es nada. Hay decaimiento, es indudable; pero no cabe comparación con mi estado cuando di á luz á Jorge ó Federico. Se requiere un esfuerzo, nada más. ¡Si esta querida Fanny fuese una Dombey! Pero, en fin, me atrevo á creer que hará un esfuerzo. Sabiendo que se le pide que lo haga, no dudo que lo hará. Querido Pablo, reconozco que es una debilidad mía estremecerme así, de pies á cabeza, pero no lo puedo remediar; tal vez se me pase tomando dos deditos de vino y un pedacito de pastel, si lo tienes á mano. Creí que me caía por la escalera, cuando salí del cuarto de Fanny y me separé de ese lloroncito. — Estas palabras eran como un retorno á pensar en el recién nacido.

En aquel momento llamaron quedamente en la puerta.

*Místress* Chick, — dijo una voz con tono amable y suave. — ¿Cómo está usted, querida amiga?

— ¡Ah! es miss Tox; — exclamó Luisa dirigiéndose á su hermano. — Es miss Tox, persona afabilísima. No me hubiera determinado á venir hasta aquí sin ella. Miss Tox es para mí como una hermana. — Y como la persona que había llamado ya se hallaba en la sala, Luisa procedió á la presentación diciendo: — Miss Tox, mi hermano mister Dombey. Pablo, mi muy particular amiga miss Tox.

La señora de esta manera presentada era de cara larga y seca, marchita de tal suerte, que nunca, al parecer, pudo tener lo que los lenceros llaman un « buen tinte »; poco á poco había concluido por pasarse del todo. Pero, fuera de esto, podía decirse de ella que era como un clavel, como una flor selecta de agrado y cortesía. Su dilatada costumbre de escuchar con admiración lo que se decía en su presencia y de mirar como si quisiera grabar en su mente la imagen de quienes hablaban y conservarla hasta el fin de sus días, la hacía inclinar la cabeza hacia sus interlocutores. Sus manos habían contraído otra costumbre, que era la de alzarse, nerviosas, en movimiento espontáneo de acuerdo con aquella admiración involuntaria. Sus ojos expresaban el mismo sentimiento. No se conocían manos más dulces que las suyas, su nariz era exageradamente aguileña, con una pequeña protuberancia en el medio, semejante al arco de un puente romano; á partir de este centro bajaba recta por la cara con la invencible determinación de no subir ya de ningún modo.

Vestía miss Tox bastante bien y con no malas ropas; pero, á la verdad, con cierto carácter inarmónico y de escasez. En sus sombreros se veían florecitas comunes. Adornando á veces su cabellera se hallaban raras hierbas. Y la curiosidad podía darse

cuenta de que sus collares, vuelillos, gargantillas, puños y demás adminículos que para constituir propiamente unidad han de empalmar bien por sus extremos, no llegaban á encaje sino después de una pelea. No le faltaban artículos de peletería para el invierno, como palatinas, boas y manguitos; pero no alisados y suaves, sino despeinados, con el pelo de punta. Le gustaban mucho esos saquitos de mano con cierre metálico que cada vez que se cierran hacen tanto ruido como un pistoletazo. Cuando se vestía de gala, no dejaba de colgarse al cuello ese dije, el más opaco de los dijes, que se parece á un ojo de pescado y que no especula de seguro con esta semejanza. Estas y otras apariencias del mismo orden servían para que se extendiese la opinión de que miss Tox era una señora que ocupaba una situación no muy desahogada, pero que sabía, como suele decirse, ir tirando. Su andar menudo, dividiendo en dos ó tres el espacio de uno solo ordinario, probablemente dependía de una inveterada costumbre, la de sacar de todas las cosas todo lo más posible.

— Es muy cierto, — dijo miss Tox haciendo una gran reverencia, — que hace mucho tiempo deseaba tener el honor de ser presentada á mister Dombey; pero estaba muy lejos de esperarlo en este momento. Mi querida mistress Chick, ¿puedo decir Luisa?...

Mistress Chick extendió un brazo, cogiendo de la mano á miss Tox, sin soltar por esto la copa que en la otra mano tenía, y exclamó con acento conmovido: — ¡cómo no!

— En este caso, querida Luisa, — prosiguió miss Tox, — mi afable amiga, ¿cómo se encuentra usted ahora?

— Mejor — replicó mistress Chick. — Tome usted un poco de vino. Ha compartido las angustias conmigo; estoy segura de que tiene usted tanta necesidad como yo de un reconfortante.

Mister Dombey hizo los honores de aquel servicio.

— Miss Tox — añadió mistress Chick dirigiéndose á su hermano y sin soltar la mano de su amiga — que conoce mi grande preocupación, desde hace mucho tiempo, esperando este día, ha tenido la amabilidad de confeccionar un trabajito para regalárselo á Fanny. No es más que un acerico, Pablo; pero digo, diré, estoy obligada á decir, que miss Tox ha sabido adaptar exactamente el sentimiento á la ocasión que lo motiva. Para mí, la *Bienvenida* á la criatura Dombey, es escena verdadera.

— ¿ Es ese el lema? — preguntó el hermano.

— Ese es el lema; — repuso Luisa.

— Hágame usted la justicia de recordar, mi querida Luisa — dijo miss Tox en tono suplicante, — que á no ser por... no sé cómo explicarme... por la duda acerca del resultado que se estaba esperando, me hubiera permitido poner: « Bienvenida al señor Dombey », y seguramente habría interpretado con esto mi modo de pensar. Pero la incertidumbre acerca de si sería niño ó niña el angelito que se esperaba, ha sido causa de la composición de dicho lema; espero que me será perdonado. — Miss Tox hizo con esto otra graciosa reverencia á mister Dombey, que contestó con otra reverencia no menos distinguida. Esta conversación, que en cierto modo era un homenaje tributado á la casa Dombey é hijo, produjo tan agradable efecto en mister Dombey, que su hermana — hasta entonces considerada por é como una buena persona, y nada más — adquirió

sobre él una influencia como no hubiese logrado probablemente de otro modo.

— Muy bien; — dijo mistress Chick sonriendo con agrado; — después de esto, perdono á Fanny por completo.

Esta declaración produjo gran consuelo en el espíritu cristiano de mistress Chick. No es que en realidad tuviera que perdonar cosa alguna á su cuñada, como no fuese el haberse casado con su hermano — acto de verdadera audacia — y el no haber dado á luz hasta entonces más que una niña; pero es que, como mistress Chick había observado en diferentes ocasiones, Fanny había correspondido mal á lo que se esperaba de ella, sin guardar la reciprocidad debida á las atenciones y distinciones de que se la tenía rodeada.

En aquel momento avisaron á mister Dombey que subiera al cuarto de la enferma, y así lo hizo dejando á las dos señoras solas. Inmediatamente miss Tox prorrumpió en exaltados elogios de tan excelente caballero.

— Comprendo que tenga usted esa admiración por mi hermano. Ya presumía el efecto que había de causarle.

Las manos y los ojos de miss Tox expresaron nuevamente su admiración por mister Dombey.

— Pues, ¿ y su fortuna? — añadió mistress Chick.

— ¡ Ah! — exclamó miss Tox siempre emocionada.

— ¡ Inmensa!

— ¡ Y qué porte, mi querida Luisa! — continuó miss Tox. — ¡ Qué presencia, qué dignidad! No he visto nunca tantas admirables cualidades, tanta majestad, tanto desembarazo, tanta

maneras. Es un duque de York entre los hombres de dinero; es su mejor definición, ¡no hay quien me la quite!

— ¿Qué ocurre, Pablo? — exclamó su hermana viéndole entrar de nuevo en la sala. — ¡Estás muy pálido! ¿Qué sucede?

— Tengo una grande pesadumbre, Luisa; me acaban de decir que Fanny...

— No, querido Pablo, — interrumpió su hermana levantándose; — ten confianza en mi experiencia; está seguro de que no se trata más que de un esfuerzo; es preciso que Fanny haga un esfuerzo. — Y después de arreglarse el sombrero y ponerse los guantes, con apresuramiento, añadió: — Hay que darla ánimos, si es necesario hasta obligarla á que saque fuerzas de flaqueza. Vamos allá, Pablo; sube conmigo.

Mister Dombey, que aún se encontraba bajo la influencia de su hermana por la razón que hemos explicado, y porque además la tenía efectivamente por mujer de experiencia, se dejó llevar de ella hasta el cuarto donde estaba la enferma. Seguía ésta, como antes, en la cama, abrazada á su hijita, apretándola contra su pecho. La niña la abrazaba también con fuerza, sin levantar la cabeza, sin separar su cara de la de su madre, sin ver cosa alguna en derredor, sin hablar, ni moverse, ni llorar siquiera.

— No descansa sin su hija — dijo el doctor á mister Dombey. — Hemos pensado que lo mejor era dejarla entrar de nuevo.

El silencio en la habitación era solemne. Junto á la cama, los dos médicos miraban compasivamente al inmóvil cuerpo, revelando tan pocas esperanzas, que mistress Chick tuvo un momento de vacilación en sus propósitos. Pero pronto recuperó el valor y apelando

á lo que ella llamaba su presencia de ánimo, se sentó al lado de la cama y con voz apagada, pero como si se tratara de despertar á una persona dormida, dijo:

— Fanny, Fanny...

Por toda respuesta no se oyó más que el tic-tac de los relojes de mister Dombey y del doctor Parker Peps, que en medio del silencio parecían correr en competencia.

— Fanny, querida Fanny — dijo mistress Chick, afectando preocupacion; — aquí tienes á mister Dombey, que viene á verte. ¿No quieres hablarle? Van á acostar el niño, Fanny, al niño: ¿le has visto ya, verdad? : le van á acostar contigo en la cama. ¡Ea! ya es hora de que te espables un poquito...

Y se inclinó hacia la enferma, como para escuchar lo que contestaba, y haciendo señal á los circunstantes, de que guardaran el mayor silencio.

— ¿Cómo? — repitió mistress Chick. — ¿Qué dices, Fanny? No te oigo.

— ¡Vamos, Fanny! — añadió su cuñada, cambiando de postura, alzando un poco el tono y no sin algo de despecho. — Fanny ¿quieres que me enfade contigo? Es preciso que hagas un esfuerzo; tal vez te parezca superior á tus fuerzas, pero no hay otro remedio: ya sabes que todo cuesta mucho trabajo en este mundo, Fanny, y no debemos abatirnos cuando dependen de nosotros tantos intereses! Vamos, inténtalo!... ¿Quieres que regañe contigo?...

Una pausa. Los relojes seguían su carrera loca, furiosa, tropezándose, rodando un tic-tac sobre el otro de manera desordenada.

— ¡Fanny! — prosiguió Luisa, ya verdaderamente asustada — abre, al menos, los ojos,

mirame para que yo sepa que me escuchas... ¿oyes?; Dios mío, señores... ¿qué hacer?

Los dos médicos cambiaron entre sí una mirada de inteligencia. El doctor eminente se inclinó y habló al oído de la niña. La criatura no entendió lo que le decían, tornó su carita pálida de grandes ojos negros, pero sin separarse de su madre.

El doctor le repitió sus palabras.

— ¡Mamá! — exclamó la niña.

Aquella vocecita familiar y querida, produjo un ligero despertar en la decaída madre. Por un momento temblaron sus párpados, cerrados: agitáronse las ventanas de la nariz y sus labios se arquearon como sonriendo.

— ¡Mamá! — gritó la niña sollozando. — ¡Mamá... mamita mía!!..

El doctor apartó suavemente la cabellera de la niña que tapaba la cara de su madre; ¡Qué inmóviles estaban los rizos! Tan débil era la respiración que no podía agitarlos.

Y de este modo, abrazada con fuerza á tan débil tabla de salvación, naufragó la madre en el desconocido y tenebroso mar que arrolla cuanto gira en el mundo.

## CAPÍTULO II

PRECAUCIÓN TOMADA MUY Á TIEMPO CONTRA UN ACCIDENTE QUE SUELE INTRODUCIR PERTURBACIÓN AUN EN LAS FAMILIAS MÁS ORDENADAS.

— Nunca me congratularé bastante — dijo mistress Chick — de haber perdonado á la pobre Fanny, justamente cuando menos pensaba en ello; — fué una verdadera inspiración. — Como quiera que sea, siempre me servirá de consuelo.

Mistress Chick hizo esta impresionante reflexión al entrar en la sala, á donde bajó después de inspeccionar el trabajo de las modistas, ocupadas, en el piso alto, en la confección de los lutos. Esta observación iba encaminada á mister Chick, su marido, caballero grueso y calvo, de cara redonda, acostumbrado á tener las manos en los bolsillos y con tan natural tendencia á silbar alguna melodía, que apenas podía contenerse en consideración á las circunstancias y á la tristeza de la casa en que estaba.

— No te atormentes, Luisa; — dijo mister Chick; — te va á dar algún ataque, lo estoy viendo. Ta-ra-ral-da-ra-ta-ra... ¡Eh!... ¡ya se me olvidaba! En fin, quiere decir que hoy somos y mañana no: ¡así es la vida! »